

RECORDACION DE JOSE MANUEL RESTREPO

Escribe: RUPERTO MOLINA GRACIA

Un siglo ha transcurrido ya desde la muerte del preclaro historiador antioqueño, doctor José Manuel Restrepo. El más insigne de los historiadores de la Nueva Granada. El "historiador de la revolución".

Ingrata y olvidadiza se ha mostrado la república para con tan esclarecida figura. A pesar de cuanto esta debe a su infatigable y perseverante labor, no se ha retribuido ni digna, ni siquiera justamente, a su excelsa memoria.

Tan lamentable olvido se ha manifestado palpablemente en el hecho de que no se conozca una completa biografía del prócer historiador. Solo un ligerísimo y corto ensayo elaborado por don José Manuel Marroquín. Incluso en su época, las primeras ediciones de la obra cumbre del historiador, "Historia de la Revolución de Colombia" merecieron un silencio casi total. Solo después de varios lustros ésta fue tomada en cuenta. Y desde entonces su obra ha sido la fuente viva e inagotable de todos los posteriores estudios históricos.

La figura "adusta y catónica" del prócer nos la presenta así don José Manuel Marroquín en el esbozo biográfico que hiciera del patricio historiador:

"De elevada estatura, enjuto de carnes. Tenía sobre las cejas el pliegue prominente que forman el hábito de la reflexión y las continuas tareas mentales. Este pliegue, la nariz larga y perfilada, el cabello liso, como siempre un poco largo y recogido detrás de la oreja, formaban lo característico de su fisonomía que imponía respeto y no convidaba a la familiaridad".

* * *

La vocación de historiador en don José Manuel, arranca desde su infancia casi. Desde cuando era alumno del antiguo colegio de San Bartolomé. Pues fue allí donde se formara intelectualmente su poderosa humanidad.

Consciente sabedor de tal cualidad, de tal aptitud y de tal gusto por la historia, por la reconstrucción de los hechos importantes, obedece fielmente a su luminosa vocación y se lanza en pos de ella, camino de la inmortalidad.

Verdaderamente providencial para nuestra patria fue la existencia, la vida del doctor José Manuel. Pues transcurrió ella precisamente entre dos momentos cruciales de nuestra historia. Entre dos circunstancias que habrían de grabar a fuego la nacionalidad colombiana.

Acaeció su augusto nacimiento en 1781, año en el que tomaran cuerpo firme los primeros destellos del movimiento emancipador en la persona de los comuneros, que por esta época amenazaban caer sobre la capital, arremetiendo ya contra la dominación peninsular.

Y murió en 1863. Hace cien años. Exactamente cuando se gestaba la famosa constitución de Ríonegro. Ella al originar la última serie de nuestras luchas, provocó la reacción salvadora de 1886. Fue, pues, en el año luctuoso de su muerte en el que se marcara el principio del fin de una desventurada época. Aquella de las guerras civiles y de las revoluciones que fueran objeto de sus laboriosos estudios.

Así, pues, fue el testigo inmediato de cuanto acaeciera en la Nueva Granada durante el tormentoso período de las revoluciones. Y especialmente durante el concerniente al de la independencia de los pueblos americanos.

* * *

En los comienzos de tal época y más exactamente en el período de la reconquista española fue el prócer víctima —incruenta afortunadamente— de la reacción peninsular. De la horrible y espantosa persecución decretada y desencadenada por el Pacificador don Pablo Morillo contra los patriotas esclarecidos de la Nueva Granada. Se vio entonces obligado a huir a Jamaica. De esta pasa por un corto espacio a los Estados Unidos. Allí no se resigna al mero papel de observador lejano de nuestros acontecimientos. Durante su permanencia en aquel joven y grandioso país, aprende multitud de cosas que luego en la reconstrucción de nuestra nacionalidad, fueran de enorme utilidad. Al mérito enorme de haber sido el historiador de nuestra patria, añade el de haber sido directamente uno de sus grandes y eficaces forjadores.

Vuelto a la Nueva Granada antes de 1819, se dedica enteramente a la gran pasión de su vida: a la reconstrucción verídica de los hechos más sobresalientes ocurridos y al relato cotidiano y minucioso de lo que iba presenciando y aún más, de los que iba siendo testigo y actor inmediato.

Ni las preocupaciones de elevados cargos públicos; ni los cataclismos frecuentes de nuestra historia; ni los reveses políticos de la nación; nada de esto le distrae de su misión constructora, paciente, benedictina.

Para sus relaciones históricas se valía de diferentes medios. El principal de ellos era el acopio incesante de enorme cantidad de documentos. Gracias a su calidad —casi permanente— de empleado público y a la frecuente correspondencia que mantenía con personajes importantes de la época, pudo formar un archivo particular. Que —al decir de don José Manuel Marroquín— “es un verdadero tesoro y cuya existencia da testimonio de la verdad de las relaciones contenidas en las obras de quien lo poseía”.

En verdad, que nada de lo consignado históricamente por don José Manuel Restrepo, deja de estar fuertemente respaldado en sólidos documentos. El mismo, a través de sus obras, advierte cuales han sido sus fuentes de información. Así, pues, la primera característica que podemos abonar al inmortal historiador es la de una sólida documentación en sus escritos.

* * *

A los testimonios puramente documentales añade el suyo propio. El personalmente fue eficaz auxiliar y compañero asiduo, casi inseparable, de los principales actores del drama de la independencia. Personalmente conoció y trató a los próceres colombianos y venezolanos y fielmente transcribió las virtudes y defectos de sus acciones. Por lo mismo, relata en igual forma hechos protagonizados por estos sin quitar ni añadir nada que pudiera favorecerlos o perjudicarlos injustamente.

Esta imparcialidad suya le acarreó no pocas animadversiones entre muchos de los protagonistas y también entre no pocos de los deudos de estos al conocer la obra.

Aún siendo, como lo fue, amigo íntimo del Libertador y admirador fervientísimo de este, supo anotarle serios reproches a muchas de sus acciones y omisiones. Lo mismo ha de afirmarse en cuanto a Santander, Zea, Torres, López, Obando, etc.

Su personalidad misma, irreprochable e hidalga, es un dato y un argumento más para asegurar la imparcialidad y la pulcritud de su obra.

Durante toda su vida no se encuentra un solo dato que lo dejara de caracterizar como individuo serio; moderado en sus opiniones; ajeno por completo a toda exaltación; exento siempre de malas o de furiosas pasiones; sempiternamente ocupado en sus propios asuntos, aun en el ambiente permanente de agitación que se respirara en la Nueva Granada.

“Habiéndose distinguido en todos los actos de su vida privada y pública por su probidad y circunspección —anota su biógrafo— sería extraño que solo como historiador se hubiera expuesto a pasar por mendaz o apasionado”.

* * *

Serio como él mismo es su estilo. Directo, claro, preciso. No se detiene en inoportunas digresiones que le aparten del objeto mismo que está relatando. Ni episodios dramáticos; ni descripciones pictóricas; nada que no tenga un enlace causal y directo con el suceso, objeto de su estudio. Presenta así un estudio de una unidad, un conjunto y una coherencia verdaderamente admirables. Ello, aunque haga su obra exenta casi totalmente de belleza literaria, presenta un estudio verdaderamente científico de nuestra historia.

La frase, el estilo es, por otra parte, claro, culto eso sí, ausente de epítetos, metáforas o imágenes bellas. A pesar de la enorme erudición y de la vasta ilustración que el patricio poseía, nada de esto aparece mezclado con sus estudios.

Hay quienes atribuyen esta su sequedad, frialdad casi, en su estilo a la costumbre de andar siempre entre los documentos oficiales que son de suyo escuetos, fríos, precisos.

Bien decía él mismo a este respecto que “profesando un culto religioso a la Verdad, recelo acaso de profanar los altares de la diosa adornándolos con flores”.

* * *

No se oculta a nadie la trascendencia, la importancia, el mérito de la obra de José Manuel Restrepo. Radica ello, ni más ni menos, que en la formación misma de la nacionalidad colombiana. Pues no otra cosa es el concepto de nacionalidad sino aquel que identifica al conglomerado social con las mismas vicisitudes históricas de su terruño. Tan excelsa, tan meritoria y loable como la acción del más esclarecido de los patriotas, es la suya al relatar tan verídicamente los acontecimientos que nos dieron primero la independencia y luego nos conformaron en la nación promisoría que hoy somos.